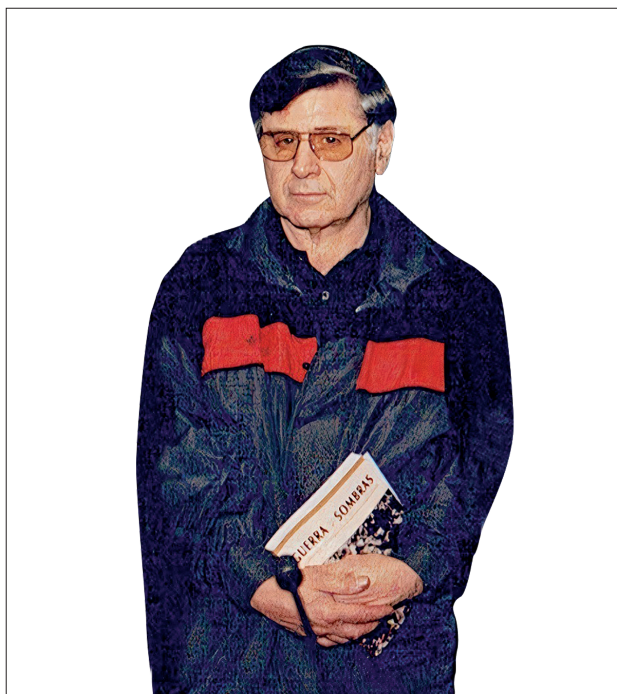


MEMORIA

Despedida a Mario Califano (1935-2022)



Mario Califano fue un emblema del CAEA, Centro Argentino de Etnología Americana, desde 1973 cuando junto a otros colegas, removidos de sus cátedras por razones políticas, fundaron dicha institución. Esta se convirtió en un espacio de contrastación y desarrollo del método fenomenológico en la etnología que propugnaron.

Junto a Marcelo Bórmida, el espíritu investigativo y el complementario intelecto inquieto de ambos los llevó a ahondar en la búsqueda de aquella síntesis técnico-metodológica capaz de abordar respetuosamente el trabajo de campo —que, gestado por Bórmida, dio en llamarse el *Método Fenomenológico en Etnología*. Mario Califano llevaba a cabo prolongados trabajos etnográficos en el terreno desde la década del 60 en la región amazónica, el Chaco y regiones adyacentes. Bórmida se sumaría luego a las campañas entre los tehuelches, y quedaría definitivamente en contacto con el grupo ayoreo, que se ofrecía límpido para su profundo interés en el mito. Su temprana muerte en 1978 dejó parte de sus trabajos inconclusos, que se fueron completando en años posteriores. Califano, en tanto, consignaba en su etnografía la cultura entendida como fenómeno vivido —no solo narrado, no solo ritual, no solo preguntado, sino observado y puesto en relación con todos los datos reunidos en su investigación—, lo que haría posible comprender la validez de sus propuestas. Es incontable la cantidad de materiales que dejó escrito y relevado, en relación con diversos grupos etnográficos de Sudamérica. Cuando sus actividades se redujeron, retomó campañas a los ocaína, ayoreo y, hasta que la salud se interpuso, a los hoti, sobre el cambio de centurias.

Como director del CAEA, Mario Califano generó proyectos conjuntos con investigadores de universidades americanas y europeas, fomentó el intercambio y crecimiento de la biblioteca a través de la prestigiosa publicación periódica *Scripta Ethnologica* y luego las *Supplementa de Scripta Ethnologica*, *Paleoethnologica*, *Etnolingüística*, *Mitológicas* y la colección *Mankacen*. Estas nuevas publicaciones correspondían a la apertura de la sección de paleoetnología, que congregó valiosos arqueólogos, y la sección etnolingüística, cuyos aportes enriquecieron el abordaje de las investigaciones. Asimismo, conformó y dirigió el equipo que llevaría a cabo la traducción al castellano, por primera vez completa, de *Los Indios de Tierra del Fuego* de Martin Gusinde.

Bajo su dirección, muchos estudiantes nos sumamos al CAEA, al que veíamos como un instituto animado por un espíritu lleno de actividad, de debate, de búsqueda etnológica. La realidad de los hechos etnográficos nos conmovía y solicitaba su investigación. En su seno adquiríamos experiencia y

crítica que enriquecían nuestras tesis de grado y doctorales. Sus publicaciones en *Scripta Ethnologica* y *Supplementa de Scripta Ethnologica* dan cuenta de esta historia de trabajo de campo y gabinete.

Mario Califano era el espíritu de esos equipos de trabajo, asesorando y animando a los jóvenes investigadores, becarios y estudiantes adscriptos en la prosecución de las investigaciones etnográficas, cuyas prospecciones había llevado a cabo con anterioridad. El trabajo de campo era precedido por reuniones en donde sus notas de campo —especialmente gráficas de parentesco, planos y registros lingüísticos— eran compartidas. Luego, dejaría sus libretas de campo a los que continuaron con esos grupos, fueran del CAEA o no.

Pero, conforme el tiempo transcurrió, el objetivo de dismantelar al CAEA proseguía. Y, efectivamente, logró dispersar a muchos de sus miembros hacia el comienzo del presente siglo.

Lejos de atribularse, nuestro director siguió adelante con proyectos, propuestas y su propio trabajo, el último de todos, enfocado en escribir la historia del CAEA, aún inconclusa.

En sus días de ancianidad, cuando la vista fallaba, le eran leídos artículos de la especialidad y le dolía que la etnografía clásica fuera cayendo en desuso.

La vida de Mario Califano fue una aventura intelectual en tiempos de gran confrontación y violencia política. Recordando a aquel joven estudiante de Ingeniería, que luego se dedicaría intensamente a la antropología, a la que abrazó con pasión, creemos que es oportuno dedicarle un párrafo de la oración fúnebre de Pericles: *“La tumba de los grandes hombres es la tierra entera: de ellos nos habla no sólo una inscripción sobre sus lápidas sepulcrales; también en suelo extranjero pervive su recuerdo, grabado no en un monumento, sino, sin palabras, en el espíritu de cada hombre.”*

Va aquí nuestro homenaje, pues, al habitante de una ciudad etnográfica, sediento de auténtico conocimiento antropológico. Al incansable caminante de las tierras bajas. Al etnógrafo inquisitivo para quien nada estaba demasiado lejos, ni las condiciones demasiado extenuantes, para perseguir su pasión de acercarse con su mirada etnográfica a los pueblos originarios y en cuya memoria ha logrado permanecer a través de los años.

Un espíritu resiliente que la etnología no podrá relegar al olvido.

Dra. Maria Cristina Dasso
Departamento de Antropología Cultural
CIAFIC

Despedida a Mario Califano desde la arqueología que supo conseguir

Mario fue etnógrafo. Además, etnólogo, antropólogo y humanista; pero, por sobre todo, etnógrafo, trabajador de campo. Mantuvo con la arqueología una relación constante e inevitable (por formación, por responsabilidades, por amistad, por afectos). Mario se interesaba por las personas vivientes y los arqueólogos dialogamos con los muertos; este contraste le inspiró amables ironías. Pero, por su pertenencia europea, Mario fue siempre un historicista. No concebía el presente como un haz de vectores sincrónicos, sino como un punto en una trayectoria cargada de sentido que se proyectaba más allá del sujeto. Por eso, prefirió la intemporalidad insondable de los mitos a las antigüedades calculadas de la arqueología. Pero, hombre de ciencia al fin, bregó para que los arqueólogos que trabajaban en el instituto de su dirección lo hicieran con amplitud, con recursos que él mismo procuró y cedió.

Como este es un recuerdo personal, destaco que favoreció de todas las formas posibles mis trabajos en las pampas, en las mesetas del sur y de norte, y aun en el Éufrates y el Nilo. Seguramente, no supe sacar todo el provecho de estas posibilidades. Mario, perdón.

Dr. Eduardo Crivelli Montero
Departamento de Antropología Cultural
CIAFIC-CONICET

Mario Califano y el valor de la antropología en español

El trabajo del antropólogo implica viajar, extrañarse en lugares lejanos, tomar riesgos que van más allá de lo que uno imagina en la vida académica, y también, fundamentalmente, mantener el compromiso ético de recoger evidencias que sirvan para construir una relación de mutuo respeto entre los pueblos visitados y nuestra avidez académica.

Con los años, mirando hacia atrás, uno valora aún más a aquellos que siguieron ese camino y se acercaron a sociedades indígenas, entablando relaciones cercanas con ellas, relaciones de respeto que redundaron en un fructífero intercambio, el cual es la base de la etnografía.

Hablar de la obra de Mario Califano, es hablar de esa antropología. De la persistencia, a través de toda su vida, del trabajo de campo. Del trabajo etnográfico hecho con respeto y rigor. De la formación de jóvenes profesionales. De la publicación y difusión de antropología en nuestro idioma.

Cuando Mario Califano arribó en 1965 a Madre de Dios, en la Amazonía peruana, la antropología en el Perú estaba centrada en los Andes. Una válida preocupación de los peruanos que siempre entendieron que la cultura nacional “peruana” tenía sus grandes fundamentos en los legados de la cultura andina. Este interés fue manejado políticamente por los grandes proyectos de investigación, por ejemplo, el Convenio Perú-Cornell, el Proyecto Vicos, entre otros, que representaron lo peor de la relación entre la antropología y el colonialismo. Actualizada y enmascarada en proyectos de desarrollo y de investigación, existía una mayor preocupación: entender el creciente e inevitable conflicto por la tierra y por la dignidad que se avecinaba en los Andes.

La Amazonía era un territorio poco conocido. Los escasos estudios eran de antropólogos americanos o europeos, quienes la mayor parte de las veces, y salvo muy raras excepciones, no dejaban nada escrito en español, para uso de los profesionales y estudiantes locales, menos para los indígenas. Llegar a la Amazonía como antropólogo desde una universidad de Argentina era toda una rareza, y ni mencionar las diferencias en presupuestos y recursos para hacer trabajo de campo.

Eran también tiempos de violencia. A las movilizaciones indígenas y campesinas que se oponían al degradante régimen de los gamonales, se le sumaron las guerrillas rurales. La selva de Cusco, por donde se entraba a Madre de Dios, era una zona altamente volátil. Las fuerzas del Estado peruano no escatimaban responder con más violencia. Los medios de comunicación repetían el cliché de la infiltración comunista. La creciente figura del Che Guevara y el asalto espectacular a un banco en Lima por parte de la guerrilla, liderada por el trotskista argentino Che Pereyra, influenciaron para que se difundiera el rumor y todo argentino era considerado un potencial guerrillero, estigma que nos persiguió durante muchos años. Por otra parte, viajar entre Q'osñipata, Cusco, y el Alto Karene, en Madre de Dios, era en esos tiempos un viaje de alto riesgo. No solo por la violencia mencionada, sino también por las carreteras muy precarias y ausencia total de medios de transporte.

Nada de esto desalentó a Mario Califano, quién se adentró en las comunidades harakbut y produjo una etnografía, la cual es todavía una referencia para los que trabajan allí. Entre los huachipaeri, Mario Califano es recordado por la vez en que, adornado con plumas, lo pintaron de la manera más tradicional para el ritual de iniciación de los varones, que había dejado de realizar pocos años antes. De esta forma, Califano pudo documentar una

práctica que se dejaba atrás, y hoy los huachipaeri y los investigadores en la región recurren a esos textos para recuperar un pasado casi olvidado.

Su meticuloso arte de registrar detalles, de sistematizar eventos y objetos, fue parte de su ejemplar descripción de la cultura harakbut. Su *Etnografía de los Mashco de la Amazonía Sudoccidental del Perú* es un modelo de cómo hacer etnografía. Allí, entre otros temas, Mario Califano calculó la superficie del territorio tradicional harakbut. Años después, estudios hechos con más recursos establecieron casi los mismos valores, lo que muestra no solo el rigor de sus datos, sino también su preocupación por asegurar información precisa, ahora muy útil para las reivindicaciones de las comunidades harakbut. También queda allí el ejemplo del compromiso del antropólogo con la causa de los pueblos indígenas, el cual no pasa por declaraciones grandilocuentes, sino por el trabajo honesto, la veracidad de los datos y la generosidad en compartirlos, algo que caracteriza su obra.

Mario Califano fue una gran influencia para los antropólogos que le siguieron en la región de Madre de Dios. Marcó un camino para hacer antropología basado en la ética, el respeto a los indígenas; fiel a los datos, fiel al trabajo de campo detallado y exhaustivo, algo que siempre admiré. Supe de su trabajo a través de sus publicaciones y de su presencia en el campo. Para mí fue una referencia saber que un compatriota, de mi misma ciudad, que habría caminado por las mismas calles, ahora surcaba los mismos ríos que yo, era algo que me inspiraba para seguir adelante. Conocerlo en persona años después me confirmó esa admiración y respeto. Sé también que su ejemplo y dedicación ayudó a la formación de jóvenes estudiantes que, con el tiempo, se transformaron en exitosos antropólogos. Y eso lo convierte en un verdadero maestro.

La insistencia de Califano de hacer y publicar antropología en español es hoy más ejemplar que nunca y, sin duda, descolonizadora. Su liderazgo en el CAEA y las publicaciones, como *Scripta Ethnologica* y *Mitológicas*, entre muchas otras, hicieron de la institución un faro donde siempre encontramos excelente material en nuestro idioma.

Hoy homenajeamos al maestro y colega, y recordamos el camino que nos marcó con su ejemplo. El del trabajo dedicado y respetuoso, de la precisión de los datos, de la generosidad con otros colegas, y por su valor en hacer antropología en nuestro idioma.

Dr. Eduardo Fernández
Grupo de Antropología Amazónica
PUCP